

aumentaba, odio tan parecido al amor y tan fácil de confundirse con él.

Un día le llevaron á la tienda una carta de una persona desconocida.

XXV

EL FIN DE UN CAPRICHO

La carta que trajeron á Josselin no contenía más que estas líneas en italiano:

«Es un cobarde aquel que, siendo engañado, pierde su amor para siempre y no piensa en la venganza».

Este aviso era de la duquesa. Bien se veía que era italiana y que en ella alentaban todas las pasiones; pero iba á tener un resultado que no había previsto.

Finalizaba en aquellos días el mes de Agosto.

Este consejo, tan conforme á la cólera sorda de Josselin, le decidió á poner en ejecución un proyecto que había trazado desde hacía mucho tiempo.

Quería matar al duque delante de la casa de Germana.

Dos días seguidos le esperó; pero el duque no fué.

¡Suerte grande! Las visitas empezaban á ser raras.

La duquesa ganaba terreno, conforme Germana lo perdía.

Rochebonne se molestaba cada vez que la muchacha se negaba á dejar su empleo.

Acostumbrado al lujo de los *boudoirs* célebres, se cansaba de ir á aquel cuarto modesto de la calle de la Sourdière, un barrio en el que no se puede vivir.

Por la noche, Germana volvía cansada de estar todo el día trabajando. El duque tenía remordimientos por abusar de la bondad que le demostraba y quitarle el descanso necesario.

Á pesar de su cansancio, siempre la encontraba con una dulzura inalterable, y al ver su desinterés comprendía que tenía que habérselas con una naturaleza privilegiada, incorruptible, sobre la que las tentaciones no ejercían ascendiente alguno.

El tercer día, Josselin tuvo que estar en la tienda hasta más tarde, y fué á casa de Germana en el momento en que el duque salía.

Le detuvo con esta palabra:

—Caballero.

—¿Quién es usted?—dijo Rochebonne tranquilamente.—No le conozco.

—Andrés Josselin, cajero del Bazar de San Germán.

—¿Qué es lo que quiere?

—Una explicación. Es usted el amante de una mujer con quien debía yo casarme, y que usted me ha robado. ¡Le aborrezco!

—Es mucho honor el que usted me hace—dijo el duque con calma;—pero ha perdido usted la cabeza. No he robado nada á nadie, quizá porque no he tenido necesidad de ello. Soy el duque de Rochebonne. Se puede ser cajero y *gentleman*. Una cosa no quita la otra. No es el nombre el que

hace al hombre, sino el carácter. Estoy dispuesto á darle todas las explicaciones posibles sobre lo que desea. Envieme sus testigos. Los recibiré, le doy mi palabra. Respecto á las mujeres, sus secretos les pertenecen. Tenga usted presente que no se consigue de ellas más que lo que quieren dar. Con un poco de justicia puede concedérselas el derecho de elegir sus amigos. Tengo el honor de saludarle.

Se alejó, y dos pasos más allá se subió en un coche de punto que le esperaba.

Josselin se quedó atónito, petrificado, por la sangre fría de su adversario, á quien la costumbre del mando le daba tal dominio sobre sí mismo y una superioridad tan grande para con los demás.

Entró en su casa cuando daban las doce, ulcerado con esta humillación y con la conciencia del papel estúpido que había representado.

Esta escena impresionó mal á Rochebonne; quería, ante todo, su tranquilidad, y este encuentro le hacía presentir otros.

Aquella cara desfigurada que había encontrado en la calle, tenía cierto parecido con las de los bandidos que esperan á los viajeros con la escopeta en la mano en los Abruzzos.

Entonces se preguntó si no era propicio el momento para romper unas relaciones que á él sólo le proporcionaban molestias, sin compensación para su vanidad, y á Germana, á quien tenía una gran amistad, le producían una tristeza tan profunda que ni aun en su presencia podía dominar.

Además, llegaba un momento en que no podía justificar su presencia en París.

Todos los años, al comenzar el mes de Septiem-

bre, iba á pasar una temporada á su castillo de Rochebonne, y sus amigos se admirarían de no verle en su casa.

Su cuñada Marietta, que había salido del colegio para no volver, pero que seguía siendo tan traviesa, le preguntaba cien veces al día sentándose en sus rodillas:

—¿Fernando, cuándo nos vamos? ¡Fernandito, vámonos!

No había medio de negarse.

Pradine, que era de la casa, con gran sentimiento de Saville, siempre preocupado con sus antigüedades y con la salud de su primo, pero siempre frío y ceremonioso; Pradine, decimos, unía sus instancias á las de la duquesa.

—Vamos, amigo mío, no puede usted dejar que languidezcan aquí más tiempo estas señoras. Es preciso marchar.

Al cabo de mil vacilaciones, pues la belleza de Germana abogaba en su favor, cada vez que la visitaba, haciéndole retroceder ante una separación difícil, y después de inclinarse á todos lados, unas veces queriendo renunciar á Germana, otras veces más enamorado que nunca de ella, decidió romper y anunció á sus amigos su marcha para Rochebonne.

Estaban á mediados de Septiembre.

Consiguíó que Germana, antes de una ausencia demasiado larga, á pesar suyo, pasara un domingo con él en Neuilly.

El día les pareció un minuto.

Germana estaba tan alegre como siempre.

Cuando llegó la noche, cogida del brazo de su Fernando y paseando por las avenidas del parque, cubiertas ya con las hojas secas que se des-

prendieran de los árboles en aquel jardín que había visto tan florido y tan fresco como sus amores de los primeros tiempos, le dijo:

—Aquí me prometió usted amarme siempre. Sea usted sincero. ¿Verdad que nuestra eternidad ya ha concluído? Ha durado tres meses, la cuarta parte de un año. ¡Es mucho, señor duque!

—¡Será un sueño para los dos!—prosiguió.—
¡Todo pasa! Las rosas de nuestros días de primavera ya no existen. Deseo que no le quede á usted más amargura que á mí. Merece usted ser feliz. Es usted bueno y generoso en el fondo. Sólo que la vida le ha maleado un poco. Está usted educado como un príncipe y habituado á sacrificarlo todo á sus caprichos. Sea usted bueno en el porvenir. Por mi parte yo trataré de serlo también. El recuerdo de usted me ayudará. Al menos me habrá usted hecho un gran servicio.

Estaba encantadora al hablar así.

Entraron: empezaban á sentir frío.

En su cuarto, en aquel cuarto que nunca olvidaría, había una gran chimenea encendida.

Germana se había engalanado para aquella entrevista, que adivinaba que había de ser la última, como se compone uno para una fiesta.

Llevaba un traje de seda negro, muy elegante.

El duque trató de tranquilizarla, sin atreverse á decirle la verdad. Volvería á fin de mes, quizá dentro de tres semanas. Tenía que atender á ciertos deberes de familia, pero se escaparía pronto, la escribiría á menudo.

—No me engañes—le dijo.—Es indigno de ti é indigno de mí.

No sabía qué decir, volvía á estar indeciso.

Al ver aquella gracia tan perfecta, al ver aquel

cuerpo tan joven, tan fresco, no tenía fuerza para renunciar á su posesión, cuyo valor comprendía en el momento de perderla.

Ella adivinó su incertidumbre.

—Créame usted—le dijo;—más vale que no vuelva. He visto muy á menudo á la duquesa en estos últimos días. Es más hermosa que yo. He comprendido que, cuando tanto me odia, es que le ama á usted mucho. Ámela también. Pensará usted algunas veces en mí, como en una buena muchacha que le ha dejado aspirar lo mejor de su corazón. Consérveme un poco de amistad. Quizá la necesite. No soy ambiciosa; espero bastarme á mí misma y vivir conforme á mis gustos; pero estoy rodeada de odios; primero el de la duquesa, que le perdono, y el de otra persona á quien he herido. Si me sucediera una desgracia, recurriría á usted como á mi mejor amigo, se lo prometó. Yo—dijo al terminar—pensaré en usted muy á menudo, y si alguna vez le viese en medio de sus esplendores, no volveré la cabeza, sonreiré si está usted solo. ¿Quiere?

—Ya veremos—dijo él.—Más adelante trataremos de esas cuestiones graves. No perturbemos los últimos momentos que tenemos que pasar juntos, antes de una separación de unos días. Te juro que, al separarme de ti, tengo una pena tan grande como si perdiera la mitad de mí mismo.

—¿Es de veras?

—Sí.

—Bueno; pues gracias por esa palabra y vámonos. Es tarde.

Cuando llegó á la escalinata, dispuesta para marchar, dirigió una mirada á aquella casa, en la que dejaba una parte de su vida. Cuando entró



—No me engañes—le dijo.—Es indigno de ti
é indigno de mí.

en ella, era la primavera. Ahora es el otoño; las viñas vírgenes daban á las paredes un reflejo es-carlata, las flores de los plátanos se destacaban de las ramas, los tintes oscuros habían remplazado á las rosas y al verde claro.

—Las lilas están cortadas—dijo Germana es-forzándose por aparecer alegre.—Adiós sueño de una hora, has acabado.

Y rompiendo á llorar se echó al cuello de su amante y ocultó la cabeza contra su pecho.

El duque era horriblemente escéptico, pero no pudo substraerse á la emoción que se apoderaba de él, y sus lágrimas se confundieron en un último beso.

XXVI

REVELACIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL castillo de Rochebonne es una de las resi-dencias más hermosas de Francia.

Situado en la Somme, poco más ó menos á me-dio camino entre la villa de Eu y la de Saint-Va-lery, está construído en una altura desde la cual se domina el mar.

El bosque, de tres leguas de largo, que lo ro-dea, está cortado por pantanos en donde, en casi todas las estaciones, se cazan innumerables clases de pájaros y patos.

La finca es de valor considerable, y quedan muy pocas de esta importancia.